

Inauguración Campus FAES Perú

Lima, 24 de septiembre de 2012

Una de las principales diferencias entre la situación que actualmente atraviesan América Latina y Europa es precisamente la situación de sus clases medias. Mientras las clases medias en América Latina están en pleno proceso de expansión, lo cual es una bendición, en Europa se están contrayendo a niveles acelerados. Y esto es una tragedia. Si lo primero que tiene que hacer América Latina para consolidar su prosperidad es afianzar sus clases medias, lo primero que tiene que hacer Europa para salir de la crisis es frenar la destrucción de las suyas.

Quiero empezar estas palabras dando las gracias muy sinceras a la Universidad San Ignacio de Loyola, y de manera especial a su rector, Don Raúl Díaz Canseco, por acogernos hoy en esta maravillosa ciudad de Lima.

Conozco y admiro la labor imprescindible que desarrolla esta institución. La Universidad San Ignacio de Loyola es un centro académico de prestigio, que en poco tiempo ha conseguido colocarse a la vanguardia de la enseñanza en América Latina. Yo me siento muy honrado de haber recibido de esta Universidad un doctorado honoris causa. Y en la Fundación FAES nos sentimos muy contentos de contar con su amistad y colaboración. Sin su apoyo y compromiso con las ideas que nos unen, no habría sido posible la celebración de este Campus, que, por cierto, coincide con la conmemoración de centenario del nacimiento de Fernando Belaúnde, uno de los políticos peruanos más importantes y destacados del Siglo XX.

El Campus Perú es una idea que nació de una buena experiencia y de una firme convicción. La buena experiencia es el Campus que la Fundación FAES celebra desde hace ya muchos años en Navacerrada, en Madrid, y que se ha convertido en un referente de debate en libertad y para la libertad. La firme convicción es que una estrecha colaboración entre españoles y peruanos es más útil y más necesaria que nunca: tenemos importantes lecciones que compartir y grandes oportunidades que aprovechar juntos.

En estos tres días, los ponentes y alumnos del Campus FAES vais a tener la ocasión de abordar asuntos fundamentales para la consolidación de una región fuerte y próspera. Aquí vais a hablar de muchas cosas de las que he sido siempre un firme convencido: el valor de las ideas en política; la importancia de tener un sistema político sólido, con instituciones democráticas y partidos políticos fuertes; la necesidad de perseverar en las reformas económicas para consolidar la prosperidad; el reto de estrechar el vínculo entre

España y América Latina para hacer frente a los nuevos desafíos de un mundo globalizado...

Todas estas ideas inspiran el documento que hoy tengo la satisfacción de presentar. “América Latina, una Agenda de la Libertad 2012” es la expresión de un proyecto político que dio sus primeros pasos en 2007 con la publicación de un primer documento que presentamos en 18 países de América Latina. Entre ellos, el Perú.

La repercusión de aquella primera Agenda de la Libertad superó nuestras mejores expectativas. Alimentó el debate en foros académicos y políticos. Sirvió de fuente de consulta para investigadores y especialistas. Inspiró programas electorales y políticas de Gobierno. Y se convirtió en una referencia para todos los que deseamos una América Latina democrática, estable, próspera y plenamente comprometida con los valores occidentales.

Cinco años después, publicamos una nueva edición. Una nueva edición que en realidad es un informe completamente nuevo, que analiza los profundos cambios experimentados en América Latina en estos cinco años y hace nuevas propuestas a la luz de las nuevas circunstancias. Si en la elaboración de la Agenda de 2007 participaron unas 100 personas, en la de 2012 han colaborado más de 1.400. Creo que este dato es un buen testimonio del arraigo de la Agenda de la Libertad y de la vitalidad y el compromiso de la Fundación FAES con esta orilla del Atlántico.

Ya hemos presentado la nueva Agenda en España, Colombia, México, Argentina, Brasil, Estados Unidos, Guatemala y Costa Rica; y muy pronto lo haremos también en Chile.

Me complace de manera especial poder presentar esta Agenda de la Libertad 2012 en Perú. Perú es una gran Nación. Una Nación con la que España tienen vínculos muy profundos.

Peruanos y españoles hemos vivido juntos y juntos hemos protagonizado dos de los grandes hitos de la humanidad. El primero fue el encuentro el Viejo Mundo y el Nuevo. El segundo, tres siglos después, fue la gran Revolución liberal atlántica. Es decir, el advenimiento de la modernidad política.

Esta nueva Agenda es de alguna manera un homenaje a aquella revolución. La fecha escogida para su publicación no es fortuita. Hace ahora exactamente 200 años, en 1812, españoles de Europa y de América protagonizaron una de las páginas más brillantes de su historia en común al promulgar, bajo el asedio napoleónico, un

texto que se convertiría en referencia de civilización y libertad: la Constitución de Cádiz.

La Constitución de Cádiz, forjada por españoles “de ambos hemisferios” para “ambos hemisferios”, puso fin al Antiguo Régimen, consagró la nación de ciudadanos libres e iguales, y contribuyó a la difusión de las ideas y valores sobre los que se fundaron las nuevas repúblicas latinoamericanas.

Podemos decir que españoles y latinoamericanos alcanzamos la modernidad política al mismo tiempo, casi de la mano. Las ideas que defendían los patriotas americanos de la libertad son las mismas que inspiran la moderna Nación española.

Creo que esto es muy relevante. Significa que a peruanos y españoles nos une mucho más que nuestro pasado, o los grandes retos que debemos afrontar, o nuestros intereses comunes, que sin duda son muchos. También nos une algo fundamental: nuestros valores; nuestros valores políticos.

Una de las premisas básicas de esta Agenda de la Libertad es que América Latina es parte sustancial de Occidente. Lo es por su historia. Lo es por sus aportaciones al pensamiento y la cultura. Y lo es también por su papel clave en la defensa de los grandes valores que hacen a los países avanzar y prosperar.

Estoy convencido de que América Latina es determinante para el futuro de Occidente. Un Occidente fuerte no es concebible sin una América Latina fuerte en los valores que nos distinguen: la libertad, la democracia, el Estado de Derecho, la división de poderes, el pluralismo político, la economía de mercado y la sociedad abierta.

En nuestra Agenda de 2007 decíamos que América Latina se hallaba en una encrucijada histórica. La región podía seguir el camino de la libertad, la democracia y la prosperidad. O, por el contrario, podía optar por el populismo, el autoritarismo, la parálisis económica y la irrelevancia internacional.

Pues bien, cinco años después podemos afirmar con satisfacción compartida que América Latina ha escogido y ha escogido bien. Los cambios son espectaculares. Si en 2007 veíamos más sombras que luces en América Latina, hoy las luces predominan nítidamente sobre las sombras.

La región se ha decantado mayoritariamente por la democracia representativa y la economía de mercado. El pluralismo político y la alternancia democrática han avanzado. El respeto a las libertades individuales ha crecido. Y el Estado de Derecho se ha visto, en términos generales, fortalecido.

En lo económico, la continuidad en la aplicación de políticas sensatas ha dado muy buenos frutos en términos de crecimiento económico, inversión, creación de empleo y lucha contra la pobreza. Hoy América Latina tiene una clase media en expansión y puede estar orgullosa de haber superado la crisis financiera internacional antes, y en mejores condiciones, que el resto del mundo.

El ejemplo de El Perú es paradigmático en este sentido y digno de todo reconocimiento. Lo ocurrido en Perú viene a demostrar algo en lo que siempre he creído firmemente: que los resultados dependen de las políticas: las malas políticas dan malos resultados y las buenas políticas dan buenos resultados.

Los dirigentes peruanos han entendido que el camino del progreso no lo marcan ni el populismo ni el proteccionismo, sino las reformas estructurales y la apertura. Han comprendido que para luchar contra la pobreza no hay fórmula más eficaz que suprimir las barreras al emprendimiento y al comercio, dar entrada al capital privado, promover la competencia, controlar el déficit y la inflación.

El resultado es que ya no estamos ante la ilusión, más o menos ambigua o voluntarista, de una América Latina democrática, abierta y próspera, sino ante una realidad: la realidad de una oportunidad cierta.

Eso lo saben bien muchas grandes empresas españolas que, con determinación y confianza, llevan años invirtiendo y generando oportunidades en países como el Perú.

La batalla por la libertad y la prosperidad de América Latina se está ganando, pero todavía no está ganada. Como no lo está en ninguna parte del mundo.

También en esto la libertad y la prosperidad son hermanas, van de la mano. Las dos son lo que yo llamo horizontes, por distinguirlas de los objetivos. Los objetivos se alcanzan y punto. Los horizontes nunca se conquistan del todo.

Para ser realmente libres y realmente prósperos no basta con gozar de la libertad o de la prosperidad un día, un año o un lustro; ni siquiera una década. Hay que perseverar todos los días en la misma dirección, sin vacilaciones, ni pausas, ni distracciones. Esta es una de las principales lecciones que la crisis que en estos momentos atraviesa Europa puede ofrecer a cualquier país o región del mundo. El camino de la libertad y el camino de la prosperidad requieren un compromiso firme, convicciones duraderas, mucho coraje y una gran capacidad de desafío. Porque los enemigos de la

libertad son poderosos y porque los obstáculos en el camino de la prosperidad son muy grandes.

En este sentido, me gustaría hacer hoy y aquí, en el Perú, algunas reflexiones.

La primera tiene que ver con la globalización.

La apertura a un mundo globalizado ha sido, y sigue siendo, el gran motor de la generación de riqueza para las naciones y de reducción de pobreza para los ciudadanos. Esto no es una afirmación retórica; viene avalada por los hechos y los datos.

En los últimos 50 años, la pobreza en el mundo se ha reducido más que en los cinco siglos anteriores. En el mundo de hoy, la gente vive más tiempo y vive mejor; en mejores condiciones, con un mayor acceso a la salud y a la educación. La expectativa de vida ha aumentado de manera exponencial y la mortalidad infantil y el analfabetismo se han reducido prácticamente a la mitad desde 1960. Y en apenas dos décadas más de 1.200 millones de personas han conseguido algo esencial para la vida y el desarrollo: el acceso al agua potable.

Esto es la globalización: un catalizador de oportunidades y un pasaporte a la prosperidad para quienes quieran aprovecharla. Y aprovecho aquí para felicitar a los gobiernos democráticamente elegidos por los peruanos por el éxito conseguido con esta política de apertura y libertad. Basta recorrer las calles de Lima y de otras ciudades del país para comprobar la inmensa transformación conseguida en estos últimos años. Con tasas de crecimiento superiores al 7% anual (de las más altas del planeta); con exportaciones por valor de más de 46 mil millones de dólares el año pasado; y 7.600 millones de dólares de inversión extranjera en infraestructuras, energía y minería sólo en 2011, Perú se ha convertido en un ejemplo para América Latina.

Algunos dirán que esto es el “milagro peruano” como otros decían en su día que aquello era un “milagro español”. Pero en política los milagros no existen. El éxito económico peruano, como el éxito económico español de los años 1996 a 2004, es fruto de una política acertada: de una política de apertura, competencia positiva y libertad.

La prosperidad no es fácil de conseguir y cuando se consigue, no está garantizada. También esto lo digo con conocimiento de causa.

Crear que basta con recibir una buena herencia económica para entregar un legado de prosperidad es un profundo error. Para que los beneficios de un ciclo económico positivo se conviertan en las

bases de una prosperidad duradera hay que perseverar, con decisión, en el camino de la disciplina y las reformas.

Hay que mantener la estabilidad fiscal con una política de gasto público seria y responsable. Hay que ahondar en las reformas estructurales para hacer que la economía sea flexible y competitiva. Hay que avanzar en la liberalización y la apertura comercial para generar nuevos socios y nuevas oportunidades. Y otra cosa muy importante: hay que intentar forjar una clase media amplia, fuerte y sólida; una clase media capaz de resistir los vientos de la crisis y las mareas de la recesión.

Quienes no tienen nada que perder no tienen nada que defender. En cambio, quienes tienen algo o mucho que perder, afianzar la estabilidad. Eso es la clase media: la columna vertebral de una sociedad; lo que la sostiene y la cohesiona; lo que le da fortaleza y estabilidad. Por eso cuanto más amplias y pujantes sean sus clases medias, más fuerte y más próspero será un país o una región.

¿Y cómo se consigue una clase media sólida? Impulsando la movilidad social con una educación de calidad y oportunidades para todos. Generando confianza de manera que haya cada vez más inversión, más crecimiento y más empleo. Y afianzando las instituciones democráticas y el Estado de Derecho, para que los ciudadanos puedan desarrollar todo su potencial con seguridad y libertad.

Esto me lleva a una reflexión, que comparto con ustedes desde la preocupación.

Una de las principales diferencias entre la situación que actualmente atraviesan América Latina y Europa es precisamente la situación de sus clases medias. Mientras las clases medias en América Latina están en pleno proceso de expansión, lo cual es una bendición, en Europa se están contrayendo a niveles acelerados. Y esto es una tragedia.

Si lo primero que tiene que hacer América Latina para consolidar su prosperidad es afianzar sus clases medias, lo primero que tiene que hacer Europa para salir de la crisis es frenar la destrucción de las suyas.

Se ha dicho que el mal triunfa cuando los hombres buenos no hacen nada. Estoy de acuerdo, pero añadido: el mal, que se manifiesta en fenómenos como el populismo, la violencia o la miseria, también triunfa cuando los hombres buenos están divididos. La colaboración de todas aquellas personas que defendemos los valores comunes de la democracia, el Estado de Derecho, el pluralismo político, la libertad económica y la sociedad

abierta es imprescindible para hacer frente a los grandes retos de nuestro tiempo.

Esto es lo que en la Fundación FAES entendemos por la “unión de los afines”.

La experiencia histórica nos demuestra que la división no tiene otro resultado que la derrota. Sabemos que para merecer la confianza de los ciudadanos hace falta presentar un proyecto político sólido y coherente, capaz de ser comprendido y compartido. Un proyecto exento de personalismos y cimentado en la suma de los mejores atributos cívicos y políticos: la generosidad, la amplitud de miras, el patriotismo y la voluntad decidida de labrar un futuro mejor para las próximas generaciones.

Esto mismo vale para las naciones y regiones del mundo que compartimos unos mismos valores.

Hace unos días me preguntaron en Washington si el auge del Pacífico va a suponer un declive prolongado del Atlántico. Mi respuesta fue que esa contradicción no existe. Y añadido aquí: si hay un lugar o región del mundo donde esa contradicción no ha existido nunca ni existe ahora ésa es América Latina. Ni siquiera en una nación inequívocamente orientada hacia el Pacífico como es el Perú. Y quién tenga dudas simplemente que recuerde el significado estratégico y relevancia del Puerto del Callao, el más importante de la costa occidental de América. Que recuerde el galeón de Manila, que unía Asia con Europa a través de México. Y que piense ahora en el Canal de Panamá, en cuya construcción, por cierto, trabaja una gran empresa española.

América Latina fue la gran protagonista de la primera globalización y va camino de serlo en la que ahora estamos viviendo. Y creo que El Perú tiene aquí un papel fundamental que jugar. Su proyección hacia el Pacífico no sólo es compromiso con su pertenencia a la Comunidad iberoamericana de naciones, sino que la enriquece y la refuerza. Contribuye a que esa comunidad sea lo que hoy es: verdadero eje de la relación entre dos Océanos y uno de los grandes pilares de Occidente.

Termino ya. Lo hago con un llamamiento a estrechar el vínculo profundo que nos une a todos los que nos decimos y deseamos occidentales.

Occidente es cuna de los grandes valores que han hecho a las sociedades avanzar. Esos valores no son sustituibles ni pueden sacrificarse en aras del pragmatismo económico. Al contrario, son los valores que ahora, en estos momentos de crisis para unos y de encrucijada para otros, debemos reforzar.

Es cierto que la crisis financiera y económica global ha afectado de manera diferente a Europa, los Estados Unidos y las naciones latinoamericanas. Y también que las respuestas de unos y otros han sido distintas. Pero no tengo la menor duda de que la única solución posible vendrá de la mano de una intensa cooperación entre esos tres vértices que conforman el triángulo atlántico.

En esa cooperación, España y Perú tenemos una responsabilidad que asumir. España y el Perú son dos grandes Naciones. Dos Naciones que a lo largo de la historia han demostrado no sólo una gran capacidad de superación, sino también la capacidad de ser modelo, referente y ejemplo. Estoy seguro de que El Perú seguirá avanzando en la verdadera senda de la prosperidad. Y estoy seguro de que España saldrá adelante como siempre lo ha hecho: con voluntad y valentía; haciendo reformas y tomando la iniciativa.

Este es el principal mensaje de esta Agenda de la Libertad. Trabajemos juntos desde la doble certeza de lo mucho que nos une y nos jugamos. Aprovechemos las oportunidades que ofrece la globalización con políticas reformistas y liberalizadoras, y una mayor apertura comercial. Trabajamos para el fortalecimiento de las instituciones democráticas, y en defensa de la seguridad y la aplicación de la ley. Colaboremos para abordar los grandes desafíos de este siglo: la inseguridad, el terrorismo, la conservación del medio ambiente y la lucha contra la pobreza.

En definitiva, avancemos juntos en la construcción de sociedades abiertas a ambos lados del Atlántico y hagamos que Occidente sea, más que nunca, sinónimo de libertad, seguridad y prosperidad. Es un desafío enorme. Pero es un desafío que juntos podemos y debemos abordar.